

*somos atrevidos nigromantes
que aventuramos con cristales y cuchillos
y seguimos el rastro de la suerte
en las tertulias secretas de los antifaces.*

Estimamos que la más alta calidad de este poemario se da en el largo poema que lleva por título el mismo del libro todo, síntesis de una larga lucha en los oscuros subterráneos de una región onírica. Libro este que es una caja de secretos, objeto de extraña densidad y perfección, donde el lector va pétalo a pétalo descubriendo su esencia, donde el sueño se torna lucidez. Ni desesperación ni pasividad encontramos aquí, sólo la serenidad de los locos, los mansos y los santos, en él la memoria no es sólo una palabra sino un camino que nos lleva a la intimidad de un existir que se teje en torno al sortilegio de la poesía. "García-Díaz —al decir de Delia Domínguez que escribe el prólogo del volumen—, aparte de la atmósfera telúrica en que se mueve, no se pone fuera de la problemática vivencial del ser contemporáneo".

El poeta sabe que la vida es un viaje a un territorio desconocido, nuevo, ajeno, más allá. Poesía inquietante ésta, pero verdadera, en la cual el poeta hace un ajuste de cuentas con sus sueños y, a veces, se lanza por vericuetos casi indescifrables.

JORGE MENDOZA ENRIQUEZ

<https://doi.org/10.29393/At449-34ARMS10034>

ARMADURAS

De Manuel Francisco Mesa Seco
Editorial Universitaria

El libro de poemas *Armaduras*, de Manuel Mesa, es un libro sobre las raíces y su tierra. Quiero decir que las raíces humanas tienen su propia tierra, el suelo natal. Los antepasados históricos no son sólo una circunstancia casual para un hombre; al menos ya no lo son cuando conduce su vida con mano dura.

Asumimos nuestros ancestros para hacerlos vivir en nuestros hábitos, en el modo de pensar, de amar, de saludar. Esto es lo que hace Manuel Mesa en sus poemas. *Armaduras* es un homenaje a las raíces, aquellas que sostienen el árbol, porque si quedan atrás se pierde el goce interior que a veces tiene forma de canto, se pierde la relación con el prójimo a quien ya no daremos sombra cuando la necesite, se pierde, en fin, la familiar belleza del paisaje.

Manuel Mesa celebra en sus poemas dos raíces madres —nuestras raíces madres latinoamericanas—: la indígena y la española. Cada una tiene sus perfiles, sus ecos, fuerzas y flaquezas; las vemos crecer. Están descritas con sobria pasión. El libro comienza con un poema a Hernando de Magallanes. ¿Por qué, de estas dos raíces, primero la española si el indio fue el primer habitante de estas tierras? Tal vez porque Chile comenzó a ser a partir de la mirada del descubridor; el indio, en cambio, estaba

inmerso en su mundo. Fue la mirada deslumbrada del conquistador la que tomó conciencia y con ello fue dando origen a estos paisajes.

El español traía coraje, también la semilla; traía la espada guarnecida de ambiciones, pero además la palabra. Encontró un mundo indócil. Algunos sintieron la desmesura de este mundo:

Leemos en el poema a Diego de Almagro:

*Te asustó el desierto, el firmamento puro, el silbido
del chucao, la flecha entre los bosques, el canelo
que alzaba sus brazos mitológicos...*

El indio, caballo chúcaro criado al aire, trató de sacudirse esa montura que el español echaba sobre su pelaje cimarrón. Santiago del Nuevo Extremo conoció entonces el fuego que destruye, además del que acompaña. El indio se rebela y ataca.

Dice Manuel Mesa en *Michimalonco*:

*Saltó el toqui desde las entrañas de la noche,
repicó sus tambores y sus lanzas subieron más altas
que los coigües.*

Fuerza y rebeldía, dominio y respuesta; dos estilos contrapuestos, pero no desiguales en fiereza, hicieron saltar destellos en los encontronazos. Tiempos de rasgos gruesos. Lautaro, Caupolicán, Galvarino... lomos montaraces, capitanes, mapuches valientes, fueron sacrificados.

La voz poética de Manuel Mesa los exalta:

Lautaro:

*Es el príncipe que saltando en la cabalgadura
matinal viene con su atavío libertario.
Siente el corcel que lo monta el viento.*

Por las buenas y las malas los estilos contrapuestos buscan articulaciones. Hay desvelados sueños de integración. Michimalonco admiró "el milagro de la teja"; en tanto que tú, Alonso de Ercilla "te volvías aborígen y seguías caballero". Los ejemplos de recíprocas seducciones no bastaron para disolver las diferencias. Por eso, tal vez, se puede sentir en el cauce poético sostenido y denso de *Armaduras* el conflicto del poeta. Manuel Mesa nos descubre dos ídolos, sus dos abuelos, como diría Atahualpa Yupanqui. Es difícil admirar a ambos a la vez, ambos combatieron por su victoria.

Sólo cuando los fuegos del antagonismo se calman es posible ver con altura y nombrar con lirismo; recoger en un mismo cuenco reverente y generoso los aportes de la lanza y de la espada, de lo indómito y de lo cultivado. Sin embargo, Manuel Mesa no echa un manto de olvido. Hay objeciones; el poeta se permite hacer reproches. Un ejemplo de esto es el poema sobre Hurtado de Mendoza:

No traigo buenas nuevas del engreído caballero.

.....

*La historia se repite, y vino Hurtado a robar la gloria
a los grandes capitanes. A echarse a Chile al bolsillo
a encadenarlo como a un perro, a clavarle sus espuelas
y cosecharlo como si fuera herencia de familia.*

Y la mujer. Aquellas mujeres cortadas a la medida de los tiempos. Las que dejaron su fragilidad entre los pañales de la cuna y llegaron aquí ya de bronce o de piedra —por fuera—, aunque por dentro seguían oliendo a alhucemas. Parece que Manuel Mesa las ve así, masculinas y femeninas a la vez como correspondía, posiblemente, al modo de “ser mujer” de aquella época. Inés de Suárez, bella y fogosa, sensible a la flor y al pájaro, pero capitana.

*Qué donosura en el cuerpo
y qué bravura en el alma!*

Así se presenta también la hembra americana, Fresia, con toda la fuerza de América virgen; Fresia boscosa y cordillerana, madre y dura, pero suave: “felina y torcaza”, “brasa de Arauco, flor germinal americana”... La Monja Alférez, monja y combatiente, llegó a dejar el hábito, vino a calzar el uniforme, a no temblar al enterrar la espada, pero a llorar después “por los hombres tendidos y desangrados”. Con dos sustantivos Manuel Mesa la define, y de esta manera propone el perfil de las otras mujeres: “eras leona y gacela”.

Hay una excepción. La Quintrala, llaga viva de furor y odio. La actitud del poeta ante este personaje es objetiva pero no implacable. Más bien parece que un dejo de piedad se filtra por alguna grieta de la descripción... como si al poeta le costara creer que tanta crueldad pudiera darse espontáneamente en un ser humano. Por eso Manuel Mesa se pregunta:

Qué ángel rebelde se te entró a las carnes...

.....

Qué dios turbulento de los bárbaros...

.....

Qué leche de loba corrió por tus sueños...

Por eso, tal vez, el poeta imagina que el Cristo vapuleado por esa terrible mujer la perdona:

*El Cristo de Mayo te mira y quiere
bajar hasta el infierno de tu fosa,
y beber de tus lágrimas, Catalina.*

Cuando la forma y el fondo, en una obra de arte, concuerdan, armonizan, se logra eso tan difícil de definir que es el valor artístico. Es el caso de este libro de poemas de Manuel Mesa. Entre sus hallazgos poéticos quisiera señalar ese recurso por el cual el poeta trae al personaje histórico hasta su mundo; y en lugar de ser reliquia de un pasado lejano el

personaje se transforma así en compañero del presente. De esta forma resultan verdaderas las raíces porque están todavía vivas. Los siguientes ejemplos que enumero son elocuentes ilustraciones de esta idea: "Desde entonces don Hernando es ola que anda en nuestra sangre"; (en el poema a Pastene) "Abordaste nuestra tierra, la sembrada de océano y aventura. Sigues navegando en esos aires". A Ercilla: "No te vayas don Alonso vertiente, raíz, abrazo, hermano mayor, sol naciente, música del valle". A Caupolicán: "Lo vieron pasar ayer por la montaña. Lo ven pasar hoy por las ciudades". A la Monja Alférez: "te divisó montada por los bosques, liberada de tus hierros, agua desnuda..."

Puede decirse que el modo más genuino de la poesía es la metáfora, ejemplo claro de la esencia metafísica del ser humano, de su condena a ver más allá de la superficie los mundos superpuestos a las cosas. Esos sentidos que aparecen con el decir metafórico reverberan y se prestan reflejos mutuos. La metáfora está presente en *Armaduras* de muchos modos: a veces en la adjetivación, otras en la comparación analítica, casi siempre en la presentación sintética de dos ideas cuya vinculación está sugerida en la frase. La metáfora, en la poesía de Manuel Mesa, no es barroca ni descarnada; tiene la cantidad justa como para equilibrar la sensación y la idea. No es fácil desgajar ejemplos porque lo metafórico, en este libro, es casi la sustancia misma del decir. Este modo revela la posición de Manuel Mesa: no es la mano del historiador sino el sentir comprometido emocionalmente de un poeta. Dejo paso, entonces, a algunos ejemplos:

<i>Los océanos se gritaban de uno a otro lado</i>	(a Magallanes)
<i>Las olas infinitas se domaban en tu mano</i>	(a Pastene)
<i>tu canto de copihue, de pronto se hace llama</i>	(a Fresia)
<i>Mar en los arrecifes era tu alma.</i>	(a la Quintrala)

Finalmente, quiero aventurar —bien digo— una impresión acerca del título del libro: *Armaduras*. Los artistas suelen asistir desconcertados, cuando no disconformes, a las interpretaciones que se formulan acerca de su obra... ¿Cómo veo estas armaduras? No en sentido literal — lo que por razones de ubicación histórica pudiera imaginarse — sino en sentido metafórico — porque estamos en la poesía. Nuestras raíces son nuestras armaduras. ¿Qué protegen? ¿qué defienden? La vida del espíritu de un pueblo, de la cual es tributario el poeta. Con estas *Armaduras* Manuel Mesa dice sí al pájaro, al caminante, al paisaje.

MARGARITA SCHULTZ

LA SILOGISTICA DE ARISTOTELES

De Günther Patzig

Ediciones de la Academia de Ciencias. Göttingen

2ª edición. Vandenhoeck y Ruprecht. 1963. 208 páginas

La lectura y traducción de este libro (para uso personal) ha sido un gran entretenimiento para mí; pudiera decir que ha sido la mayor diversión que he tenido en las vacaciones del verano. Este libro me ha hecho sentir la profundidad de ciertas frases atribuidas a